



VALLÈS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 22 Noviembre 1942

NUM. 111

TESTAMENTO DE JOSÉ ANTONIO

"Espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la sarta de un lado y la auripata del otro."

18 noviembre de 1936.

Memoria de José Antonio

José Antonio y su obra

ES la vida humana una realidad tan singular y movidiza, que necesita echar mano de cosas que ella va creando para expresar el más íntimo anhelo de que se halla penetrada. Por eso decimos que lo más acabado en lo que hace al juicio que formamos sobre nuestros semejantes son sus propias obras; cuando nos interesa comprender lo más hondo que hay en una conducta y vemos contradicción en sus palabras nos fijamos en sus obras, que, según creencias de tiempos remotísimos, no engañan. ¿Como entender lo que fué la vida de José Antonio sin esforzarnos en desentrañar sus escritos? Aunque es bien sabido que la obra de José Antonio no se agota en sus escritos, por cargados de sentido que hoy los encontremos y por mucho que haya sido su influjo en los años que corren.

La vida de José Antonio se mueve, como pedían su tiempo y su vocación, en medio de ideas y creencias muy distintas; jamás encontramos ni aislamientos desesperados ni abandonos poco reflexivos del lugar que le corresponde. José Antonio viene con la misión sagrada de comprenderlo todo, porque su interés se encamina a hacer una España ancha y honda en que quepan y hallen alegría y paz todos los españoles. No se trata de hacer un partido que se enfrente con los demás, es preciso comprenderlos a todos, sacar lo que hay de más noble en cada uno y forjar más tarde una concepción llena de sangre y de porvenir. ¿Y como lograr estos designios sino es comprendiendo todo con alegría y dejando en todas partes un rastro de confianza?

He aquí por que caminos tan desusados llegamos a la idea de que la amplitud de visión que dió José Antonio a su vida y a su obra y el ambicioso intento de dar una doctrina y una esperanza que calentasen la cabeza y el corazón de todos los españoles se originan en una calidad de intelectual de buena ley, en esa probidad generosa del hombre que quiere comprenderlo todo, no abandona su puesto jamás y tiene siempre una palabra de amor para el adversario. Ya en el primer número de «La Conquista del Estado», que apareció en marzo de 1931, Ramiro Ledesma comenzaba con estas palabras «Saludemos con alegría a nuestros amigos y a nuestros enemigos».

Las obras de José Antonio, las que se han ido recogiendo como bandadas de pájaros perdidos en el azul de una tarde de primavera, nos muestran, a pesar del tono polémico en que se concibieron una comprensión que ya quisiéramos ver imitada con frecuencia. Es la comprensión obra de los hombres fuertes que no se empeñan en urdir fantasmas de terror y que, por el contrario, se hallan siempre dispuestos a reconocer lo bueno donde lo encuentran. José Antonio sabía cuan recia era la contienda en que estaba medida nuestra España y nunca desconoció los propósitos de sus enemigos, que losregonaban por todas partes; pero sabía muy bien, con ese saber líbico que solamente da la inteligencia, que sin una comprensión previa y honda de todas las ansias que ardían en nuestro suelo no había que pensar en la creación de un gran partido nacional capaz de llevar a cabo una empresa digna de nuestro nombre y de nuestra historia.

Era meditación sobre la realidad en



ORACION por los Caídos

«Haz que la sangre de los muertos, Señor, sea el brote primero de la redención de esta España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres.»

RECORDÁNDOLE

Fué por el veranillo de San Martín, los días milagrosos del otoño, alegre en un desengañado florecer que sabe de antemano efímero; y terço en no morir. Fué por entonces, en la edad más dulce del año. Entonces cayó, como se caía entonces: un amanecer al dorar el primer sol el muro. Lo quebradizo se había quebrado.

Pena primero, hosco rencor después y desespero heroico. ¡si los muertos se sacaran a fuerza de valentía...

Y una vez más la dura mirada ibera al cielo estrellado, erguida altivamente la cabeza, hecha a tropezar en los luceros. Mirada dura, angustiosa, frizando con la agonía. Ansias de morir todos, porque ya ¿para qué vivir? ¡Ven muerte, ven, sino serás «como la hoz que siega una flor ya largo tiempo marchita»!

¡Mala suerte! — «Los destinos se habían confabulado con los traidores.» — E inclinábamos la cabeza sobre la pena, como sobre una mujer para besarla, como sobre una «sonanta» para arrancarla quejas...

¡Echale amargura al vino y tristeza a la guitarra, compañero, nos mataron al mejor hombre de España!

Al alma de España.

LUYS SANTA MARINA

terno lo que se imponía, y quienes lean con atención los escritos de José Antonio saben muy bien hasta que punto colmó esta imposición con su cabeza clara y su corazón ardoroso nuestro Fundador. Si era cosa poco hacendera darle entregarse a comprender aquel enjambre de ideas y creencias que transitaba por la vida española hace ocho o diez años, no lo era menos cuando la guerra intestina estaba ya quemando sus primeros cartuchos que como es ya peste de la historia, se disparaban contra Falange desde la calle y desde el poder. Ahí están los hechos hoscos y turbulentos y ahí están también las palabras de José Antonio, claras, encendidas, llenas de afanes com-

prensivos y prontas siempre a redimir al adversario.

Y cuando ahora, al cabo de estos seis terribles años de ausencia, nos preguntamos cual fué el medio más idóneo de expresión que nos dejó José Antonio, si su vida o sus escritos, no hay más remedio que contestar que desde el día 19 de octubre de 1933 la vida y los escritos de José Antonio se fundan de manera tan honda e inseparable, que no hay más que una obra total caliente y temblorosa que da expresión a anhelos, presta fuego a actitudes humanas y crea milicias de juventud y de esperanza que se disponen a conquistar el porvenir de España.

EMILIANO AGUADO

José Antonio y la acción

LA civilización anglo-francesa, que privaba en la Europa de post-guerra, fué una de las más gratas, confortables y simpáticas formas de vida que ha conocido el mundo. Pero el mundo fino, intelectual y sensual que describía Manrois o el mariposeo psicológico confortable de Galsworthy no podían escaparse a la ley inexorable que ordena el nacer, el crecer, el desarrollo máximo y mezclado a este —igual que la infiltración en el tejido pulmonar del atleta sobreentrenado— la turbadora esencia de Bizancio decadente.

Cabía en aquellos instantes cruciales que van de 1920 a 1936 el abandono cómodo a lo que fué base de nuestra cultura y a lo más al cultivo marxista de una maravillosa personalidad de Bajo Imperio, o el duro y desagradable arrancar de todo lo que constituía nuestro ser para, desnudo ante el porvenir, buscar la clara linfa del pasado como a guía segura para el acontecer inesquivable. He aquí la gran tragedia y heroísmo de nuestra generación.

Y entonces José Antonio hecho símbolo y conductor, profeta y mártir de nuestra generación, arrincona toda contemplación interna, todo cerebralismo, todo deleite para entregarse al servicio por los caminos de la acción. Prescinde de frontis, remate o columna para abismarse y confundirse con la humilde pero trascendente tarea de ser cimiento y fundamento. Y ello sabiendo que las aristas del sacrificio aguardaban, ya que su —nuestra— lucha no era combate normal con un enemigo sino acción directa contra todo y contra todos: con la burguesía gangrenada, con la otra acción demoníaca que nos disputaba el terreno, con la vieja generación que nos llevó al disparadero con medrosas reacciones sin perspectiva...

Si el actuar y hacerlo sin respeto al ambiente es ya de por sí gran esfuerzo cuando en la puesta va la vida, hace falta meditar sobre la grandiosidad que alcanza el hacerlo después, o durante, una tremenda lucha íntima por ahogar lo que la educación desarrolló y una generación equivocada sembró.

Y aún en el caso de nuestro jefe aumenta el valor por cuanto ninguna circunstancia de desesperación le impulsaba a la acción. Poseía familia, juventud, porvenir profesional, grata vida, todas, en fin, las ventajas de una existencia muelle, digna y hermosa; pero no obstante todo se doblegó para seguir los limpios y veraces senderos de la acción al Servicio de España y de la Falange.

Al consumarse la suprema gesta de su vida, cuando en la madrugada hosca del 20 de Noviembre se rompían sus venas, aletearían en su mente las palabras de aire cesáreo que fueron y son razón y fundamento. Más vale morir una vez que morir un poco cada día.

JOSE MARIA FONTANA